



asturianos
en
bruselas

UNA COMUNIDAD CERRADA

Por
**EDUARDO
G. RICO**



Los domingos, al atardecer, los asturianos de Bruselas se citan en «El Emigrante» para bailar o tomar una cerveza. O esperan los resultados del fútbol español en cualquiera de los cincuenta «chigres» abiertos para ellos.



Este es un mundo cerrado, vuelto sobre sí mismo, que apenas se comunica con la ciudad, situada ahí y, sin embargo, tan lejana. Bruselas, indiferente, vive al día sus problemas. Abajo, en torno a la estación de Midi, la comunidad asturiana ha tornado la espalda al gótico civil de la Grand Place y al señor Spaak.



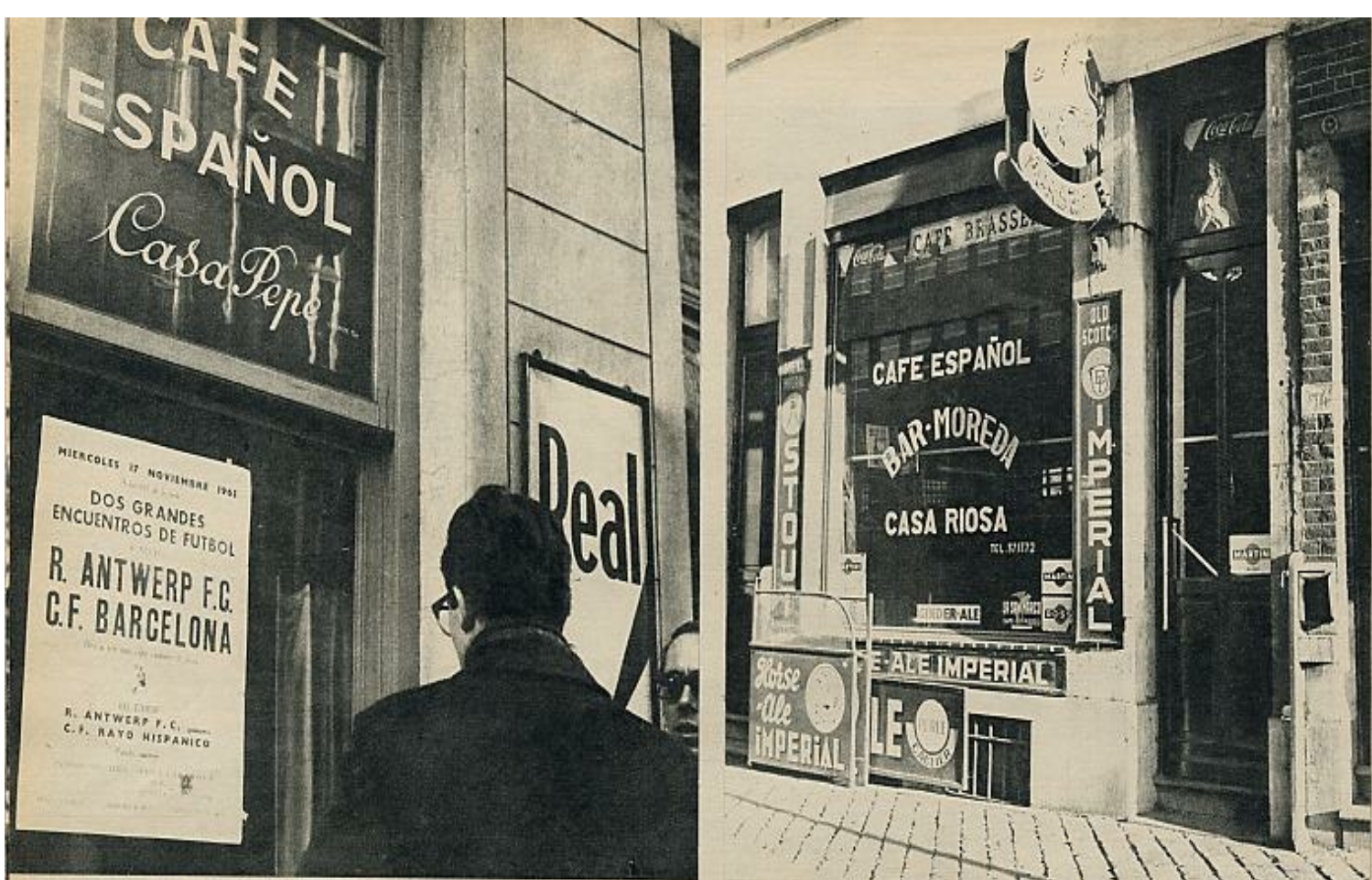
ALLA arriba, en la breve cima de "Le mont de les arts", ondean las seis banderas del Mercado Común. No muy lejos, en la rue de la Loi, las nuevas instalaciones de la sede de la Comunidad von cobrando su fisonomía definitiva. La idea de supranacionalidad, aquí refugiada, tiembla ante los embates de la borrasca degaullista. En las calles de Bruselas combaten flamencos y valones. Los turistas admiran el gótico civil de la Grand Place. El invierno se desploma sobre la ciudad en forma de espesa y fría lluvia atlántica.

«Mire usted, que me den las sobras en España y no jamón aquí». A Domingo García, obrero de Gijón, no podemos pedirle más explicaciones. Su gráfica imagen vale por toda una serie de rigurosos silogismos. Tras ella se ocultan —o en ella se expresan— quizá un patriotismo elemental, hecho de nostalgias, recuerdos familiares, evocaciones del paisaje natal, o tal vez una instintiva aversión al idioma, a las costumbres o al tedio y la monotonía que envuelven, para él, a la sociedad en que ha ingresado y en la cual no acaba de integrarse, por más que el dinero circule y la vivienda esté relativamente barata y los niños reciban educación y cuidados médicos.

Sin embargo, no hace falta mucha imaginación para casi-sentirse en Moreda, o en Trubia, o en Somló... El mismo gris, la misma lluvia y, aquí dentro, en «La Bolerás», donde charlamos esta tarde, el ruido y las palabras rituales del juego, mezcladas con el rumor de cien diálogos presididos por el acento entrañable de las riberas del Nalón. Bruselas, la Bruselas de esta comuna que tiene como centro la estación del Mediodía, es una «pequeña España», mucho más ancha y profunda que la de Wagram. Si salgo a la calle y me encamino por la rue du Lavoir o por la de Terreneuve, no podré contemplar el discurrir del paseo provinciano de la Pompe o el que nace al pie del Arco de Triunfo, en el París de los «beaux-quartiers», sencillamente porque en Asturias, desgajada por sus montañas de la tradición castellana, las costumbres son diferentes: se bebe sidra en el «chigre» o se baila en el salón más próximo, reservándose las dos calles archipequeñoburguesas —Uría y Corrida— el derecho a repetir los usos del otro lado del Pajares.

Quiero decir que Asturias se halla aquí en presencia permanente, pero es la Asturias de las aldeas, de los lugares, la Asturias mitad rural mitad minera de las cuencas. Hay también gallegos, leoneses y andaluces. Hay madrileños. Pero la España que prevalece en la calle y en la fábrica es la de las Asturias plurales del Narcea y el Nalón, del Sella y el Negro. Salta sobre el húmedo mostrador en la frase bronca y exigente, se encarama en los letreros de los bares, se impone en las tablas de los resultados del fútbol español. Si recorro la calle de Merode, tropezaré a cada

SIGUE



Asturias se halla aquí en permanente presencia. Salta sobre el mostrador en la frase bronca y exigente, se impone en la tabla futbolística y se encarama en los letreros de los bares. En cada esquina nos toparemos con un nombre evocador: Bar Moreda, Bar Jovellanos, Covadonga, La Panoya, El Pelayo, Costa Verde...



paso con auténticos mozos langreanos, al asedio, más o menos civil, según la latitud en que se sitúe el que mire, de las chicas domingueras. Y en cada esquina me toparé con un establecimiento de nombre directamente evocador: Bar Jovellanos, Bar Covadonga, Casa Paco, Casa Pepe, Café Casanueva. Y no digamos nada si me adentro en la avenida Fonsny, a la vera de la Gare de Midi: «Le Barcelone», el Moreda... Si camino un poco más llegaré al bulevar de Midi, y podré tomar sidra en La Panoya o en El Pelayo, y pedir una fabada, o un buen lacón de Tineo, o lo que me plazca de la tierra. Si después de una larga vuelta por el barrio hago recuento para elegir, puedo decidirme en favor del Bar Aller, o del Emigrante, o preferir «La Flor de Asturias», o el Piturru, o el Zurupeto, o el Costa Verde, o el Sayo, y así hasta más de cincuenta. En la ciudad de Oviedo —la conozco bien— creo que no hay tantos «chigres».

LAS SOBROS EN ESPAÑA... A Domingo García no le gusta vivir tan lejos. Trabaja en la rama del metal y gana bastante. ¿Cuánto? El hombre es reservado, pero puede deducirse —del nivel de salarios y de la generosidad con que Domingo hace sonar los francos sobre la barra del bar— que sus ingresos no bajan de los diez mil francos mensuales. En una mala traducción monetaria, diríamos que gana doce mil pesetas, aunque no es así, en razón al diferente poder adquisitivo. Pero Domingo se paga su pensión —vive en la casa de otro asturiano—, viste bien, ello es evidente, y sus bolsillos no tacañean a la hora del aperitivo, este aperitivo interminable compuesto de litros y más litros de la peligrosa cerveza belga. Y quizá ahorre algún que otro franco para el día del regreso, si lo hay. De cualquier modo, insiste monótono: «Las sobras en España...». Y reitera el trago de este pesado caldo rubio que embota las conciencias y ayuda un poco a aplacar la neurosis de esta vida turbulenta del Midi, con un tren que cruza veloz cada minuto por la vía elevada, mientras contemplamos la partida de bolos en el «Bar Rivingo», otro horizonte asturiano en este pequeño mundo trasplantado.

—¿Sabe usted? Aquí traemos con frecuencia a los campeones de allá. Estamos al día. El año pasado vinieron «Camiseta» y «Otilio», con Magdalena. Ganaron, naturalmente...

SI, LA TIERRA ESTA PRESENTE cada hora, cada minuto. Esta es una comunidad cerrada, que se autosatisface. «¿Quiere usted un coñac español?». Y le ponen delante, subrepticamente, un caldo de Jerez. «¿Le gustaría probar un buen chorizo de Noreña? Pues vaya a Carnicería Española, Casa Paulino, en Saint Gilles, porque ha comenzado la temporada de embutidos». «Si quiere usted adquirir un buen traje, no lo dude, Alba, en la rue Haute, hace precios especiales a sus compatriotas». Por su lado, «Manuel López Vallina (Capucho) le brinda las mejores sardinas del Cantábrico, en el 5 de la rue du Lavoir».

Pero no sólo de pan... «En el Castillo Español, place Colignon, actúa hoy para usted "El Leñador" con su guitarra». Y si lo prefiere, «vaya al Gallego, donde interviene la tuna de Económicas».

También puede usted organizar su boda, o acaso un bautizo, en el Bar Turón, que no está lejos: rue de Merode, 159. Pero si no pretende más que tomar una copa, no lo dude: «Los jóvenes y simpáticos patronos Maximino y Adellina tienen el gusto de invitarle al vaso de inauguración de su Bar Llanes, en la rue Marche aux Charbons». Las invitaciones, los anuncios, los señuelos de todo género desbordan las páginas de los periódicos.

Este es un mundo cerrado, vuelto sobre sí mismo, que apenas se comunica con la ciudad, situada ahí y, sin embargo, tan lejana. Bruselas, indiferente, vive al día sus problemas: el de su Manneken Pis, el idiomático, el de la construcción del Metropolitano. Aquí abajo, en torno a la Gare de Midi, bulle la comunidad española, asturiana que ha tornado la espalda al señor Spaak

SIGUE

UNA COMUNIDAD CERRADA



Se baila en la tarde del domingo —parejas femeninas al comenzar— y en el Club Montserrat se aguarda con impaciencia la actuación de artistas improvisados que trabajan para que sus compatriotas no se sientan solos.





En «Rivingo», un «chigre» a la manera asturiana, se juega a los bolos. Cada poco tiempo, llegan de España los campeones de esta modalidad. La afición se mantiene con firmeza en Bruselas, lo mismo que la mayor parte de las costumbres de la tierra natal. Nuestros compatriotas sólo consumen productos españoles.



y a la Société General, y que no obstante constituye un elemento básico, indispensable en la estructura belga de 1966.

CLUB MONTSERRAT, EN LA CALLE DE MONTSERRAT, MUY CERCA del Château, del ruinoso castillo que quizá tenga, si mi referencia histórica es exacta, muchos recuerdos españoles. Hoy la España de Bruselas está representada aquí, en este escondido y modesto local de un oscuro rincón, para celebrar la tarde ociosa del domingo, y escuchar en buen romance «Me gustan los ojos verdes» y «A pesar de todo», de labios de Rosita, que no ha nacido coronada de brumas nórdicas, ello es evidente.

El teatro es pequeño, pero su aforo parece ensanchado esta tarde. Niños, muchos niños que gritan mitad en asturiano, mitad en francés. Niños francófonos bautizados tal vez en Lada o en Pola de Lena.

El club Montserrat, me ha dicho alguien, es una organización católica que ha resuelto ingresar en la vía conciliar del diálogo. Al diálogo por el arte popular; arte improvisado, balbuciente, que se escapa a toda crítica. Arte genuino, real.

—Y ahora, amigos —el presentador grita para hacerse oír— van a actuar la «neñas», o sea, ya saben, «las señoritas».

Las «neñas», o sea, las señoritas, visten a lo «ye-yé», y algunas a lo vaquero, o a lo que pueden. Pero no bailan el «twist», naturalmente, sino el «xiringüelu» o algo parecido. Cantan «Sal a bailar, buena moza». María Teresa e Isabel Menéndez, Esperanza y Elena Rodríguez, Rosi Fernández... Son de Moreda, de Mieres, de la «tierrina», como dicen los sentimentales y los cursis. Sus padres trabajan desde hace años en Bélgica.

Trescientos socios sufragar los gastos del club. Hoy actúan, unidos, los más diversos grupos. Sus fines: buscar puestos de trabajo para los recién llegados, alojamiento, ayuda. Sus empresas son creativas: cine, teatro, folklore...

—La situación moral del que llega es baja —me dice Daniel Gutiérrez, responsable esta tarde—. Y nosotros tratamos por todos los medios de anularlo.

Pero, ¿es suficiente esta tarea? Sospecho que entre estas paredes desaparece la consideración de la distancia y se supera la soledad, pero nunca se tocan los problemas de fondo. ¿Me equivocaré?

Mari-Carmen, Margarita, Rafa, Luis... Cantando la pena, la pena se olvida. Yo llevo y ya me voy: puedo fallar. Es posible que la pena no sea más que literatura, y que los días pasen sin demasiadas amarguras bajo este cielo también neblinoso, pero diferente. La cerveza y las canciones vencen, tal vez, cualquier distancia. Pero queda la vida cotidiana, la vida del trabajo. El diario contacto con la realidad material, con las cosas tal como son. No es preciso relatar sus problemas. Son los mismos de todas partes.

GENEROSA CARBAJAL, VECINA en otro tiempo de El Carbayn, es mujer para la cual la realidad aparece todos los días sin motes ni caretas. («Es triste que uno tenga que andar perdido por el mundo») Pero tiene sus pequeñas ventajas el nuevo ambiente que le ha tocado vivir: la guardería, el médico, la vivienda. ¿Qué es lo que importa? ¿El bienestar, las perspectivas abiertas, las posibilidades de realización vital? ¿El mundo propio, las costumbres familiares, el paisaje primero, los amigos? Importa todo, si no se quiere mutilar la existencia. Y tal es el drama.

—Lo peor de esto, le digo la verdad, es el endemoniado idioma. Pero fíjese usted qué curioso. El mi crío habla ya en francés y yo no le entiendo ni una palabra. Yo qué voy a hacer... Yo soy asturiana, ¿sabe? A mí, tanto s'il vous plait ya me harta. Sin embargo, a fuerza de oírlo caeme ya mejor madame que señora. ¿Quién me lo iba a decir! Y lo que es la vida: mi hombre gana menos dinero que yo. Es triste. Yo, mire usted, tengo mis siete mil francos mensuales... ¡Y mantenida! El gana seis mil... y tiene que pagarse el tren. Pero estamos a gusto. ¿Qué más podemos pedir?

UNA COMUNIDAD CERRADA



Bar Aller, otro establecimiento español. Esta es una España pequeña, sin retórica, sin literatura, muy real.

Yo me callo porque no quiero decirle que puede pedir otras cosas; muchas cosas. Me vuelvo y contemplo, mientras por arriba cruzan los trenes, el sabelo y tradicional oficio de la «cuatreada». Dentro, los hombres juegan a las cartas. Reina la tristeza. La tarde rueda lentamente para Generosa, que, sin duda, estará pensando en el trabajo de mañana, cuando vuelva a la limpieza de un ordenado hogar belga, donde todo se halla en su sitio y la vida aparece, seguramente, como algo dado, necesario, irremediable.

¿PEDIREMOS EN «CASA BUYLLA» UNA DE SUS TAPAS VARIADAS? Aquí está Luisa Díaz, mirándose en el espejo. Hoy es domingo y la tarde es más que joven. Se puede pedir un «demá» y luego pensar en qué van a emplearse las próximas horas. Para Luisa Díaz, Asturias sólo es un río negro, un prado verde, lluvia y un café que conoció en Oviedo hace varios años, el día que se marchaba, y que se llamaba «Rialto» o algo así. (Yo repito a Luisa, aunque sé que Asturias es para ella mucho más. Se lo calla; está en su derecho.)

—¿Qué quiere que le diga? Me voy al «Emigrante», a bailar. Soy libre. Me tomo mi cerveza y me la pago. Con mis seis mil quinientos mensuales hago lo que mejor me parece. ¿Que no ahorro? Eso es cuenta mía. Para eso trabajo como una negra durante toda la semana y aguanto a «madame» y a sus niños... ¿Me pregunta usted por mi futuro? No he pensado en ello. Me parece algo fuera de lugar.

El futuro de Luisa Díaz, ciudadana de Cangas, hoy de la comuna del Midi en Bruselas, es el de las próximas horas. Se siente libre y —creo— un poco absurda y sin amarras. Luisa puede ir a «La Galería» —ya se sabe que entre los pecados este nombre suscita una inquietud especial o una sonrisa— o a «El Rincón», a reírse un poco por motivos que, ¿para qué mencionar? Pero lo más probable es que se vaya al «Sport-Midi» a bailar un poco, o acaso al «Gallego», casi al lado de la «K. A. J.» —en castellano, las J. O. C., su centro

mundial—, o a «Casa Chanka», un poco más lejos. Tales son los horizontes.

SANTANDER, O GIJÓN, O, ESPAÑA se planta de pronto en el centro del «Bar Pelayo», saltando desde la pared decorada con anuncios de «Beaujolais» y de «Rodenbach». La televisión francesa funciona al fondo. Oviedo, 2-Langreo, 0. Se hace una pausa en el tute, se agitan las chicas, cesan las conversaciones. España, una España pequeña y entrañable, sin literatura, sin retórica patriótica... se ha expresado súbitamente en los resultados de dos partidos de fútbol sin trascendencia, cuando cae la tarde sobre Bruselas y Sotelo se marcha con su autocar hasta Namur a recoger a los pasajeros, y poder partir, de madrugada, rumbo a Cisaño de Santa Ana. Los autocares y los taxis renuevan día a día el compromiso entre la tierra y la diáspora asturiana.

AQUI, EN TORNO A LA ESTACION DE MIDI, España, la España de los obreros del metal y del carbón, de las chicas del servicio y de los trabajadores de las fábricas de material plástico y de la industria ligera, esta España estupefacta que crea riqueza sin pedir cuentas, sin preguntar la hora, se agita en la tarde dominical sin abandonar el mínimo mundo nuevo que ha levantado, y vuelve el lunes a su tarea para, sencillamente, seguir viviendo.

Arriba, en «Le mont de les arts», ondean las seis banderas del M. C. Monsieur Spaak medita, mientras prosperan la «G.E.», la «I. T. T.», la «S. G.» por la vía neocapitalista, y hay una borrasca lucha de clases y una turbulenta lucha de idiomas, y la Europa oficial, que allí tiene su corazón y su cerebro, se estremeca bajo la tempestad degaullista. Caen el invierno atlántico sobre Bruselas.

E. G. R.

(Fotos Marton-Publipress)